



CAPÍTULO VII.

Otro matrimonio feliz que está preparando una erupción volcádica para cuando la escena la requiera.

ANGELITA y Gonzalez tuvieron una luna de miel estrepitosa; los dos eran muy alegres y no había semana que no se entregaran á los inocentes placeres de una tamalada, de unos chongos, de una merienda casera, ó de un bailecito improvisado.

Gonzalez era la solución del movimiento continuo, y traía á Angelita de casa en casa, de teatro en teatro, de tertulia en tertulia, y de noche de fonda en fonda; porque además de las es-

timables prendas que adornaban á Gonzalez, era gastrónomo.

Entre sus regalos de boda, envió á Angelita un diccionario de cocina.

Gonzalez era bueno, inofensivo, empleado de hacienda, y marido á pedir de boca; jugaba á las damas con su mujer y se chanceaba mucho con ella.

A su casa iba todo el mundo y él iba á todas partes; vivía de prisa y llenaba sus horas con una festinación extraña; se fijaba en todo y era distraído y olvidadizo.

Un día se le olvidó que Angelita le estaba viendo é hizo una declaración de amor á una señorita.

Esta distracción le proporcionó la dicha de hacer un descubrimiento.

Angelita era celosa.

—Adios! dijo Gonzalez, mi mujer tiene esa fea manía, si fuera como yo!

—Angelita, le dijo á su mujer al tercer

día de que esta no le había dirigido la palabra: perdóname lo de la declaración y no te vuelvas á formalizar por esas bagatelas.

En efecto la tal declaración de amor había sido en Gonzalez una humorada, que él mismo estaba muy lejos de formalizar; pero no hubo poder humano que persuadiera á Angelita de la inocencia de su marido: ruegos, súplicas; protestas, pruebas, todo fué en vano, Angelita puso el grito en el cielo, comunicó su desgracia á su familia, habló de divorcio, de separación, de alimentos, y de otra porción de cosas graves, y se empeñó por último en acabar con la paz del matrimonio, y consiguió también que el bueno, el sencilló, el pacífico Gonzalez se formalizara en fuerza de aquella obstinación estúpida.

La gravísima cuestión de la felicidad doméstica; en la que tanta parte tiene

la mujer, suele ser arrojada por esta al basurero en un tumbo de dados.

La falta de prudencia en la mujer, está convirtiendo todos los días los nidos de palomas en pequeños infiernos.

Gonzalez se enflaqueció en quince días, y lejos de buscar en su casa el solaz y el descanso, y de ir con ansia á probar la miel de los placeres domésticos se fastidiaba sentado en un café, ó inventando nuevos modos de distraerse.

Volvía á su casa con la esperanza de un cambio favorable; insistía de nuevo, hablaba mucho, y no conseguía más que oír llorar en todos los tonos, y volvía á salir al aire libre.

Tan obstinada anduvo Angelita que Gonzalez tuvo ocasión de contraer una amistad.

Fué invitado una noche para concurrir á un bailecito: la manera misterio-

sa con que lo convidaron le picó la curiosidad.

Angelita había acertado aquel día á estar insoportable, de manera que Gonzalez deseaba la noche con ansia.

El bailecito estaba ameno: las niñas eran alegres, los hombres conocidos, la cena abundante y la cordialidad no tenía límites.

Muy pronto Gonzalez tuvo compañera: era una jóven de hermosos ojos; de flexible talle y de buenas maneras.

Se llamaba Concha.

No había amado más que á Arturo que murió en un duelo, y á un general que se había lanzado á la revolución, como su papá; que ya era coronel.

Los lectores de la *Linterna Mágica* ya conocen á Concha.

Pues Concha era la compañera de Gonzalez.

Gonzalez acometió la empresa de

consumar su primera infidelidad, como por vía de compensación ahogando el último escrúpulo en ponche caliente.

Muy pronto llegó á conocer Angelita que Gonzalez había cambiado efectivamente.

Aquel matrimonio era ya desgraciado.

.....
Cuando Chucho el Ninfo se retiró á su casa la noche del día de campo, lo primero que hizo al llegar, fué mirarse al espejo y obsequiarse á sí mismo con una sonrisa; saco de sus bolsillos una violeta, que colocó entre las hojas de un libro, y escribió la fecha del día, en la página; en seguida sacó un pañuelo perfumado y lo guardó en una cajita, y por último desdobló un billete amoroso y se puso á leerlo en voz alta:

«Chucho de mi vida,» decía el billete, «solo te escribo por si no tenemos

tiempo para hablarnos. ¿Es cierto que me amas? dímelo mil veces. Ya sabes que yo seré hasta la muerte tu

«ERNESTINA.»

—Esto no vale nada, exclamó Chucho, esta es una niña, pero de tan buena familia, que es necesario seguir en estas relaciones ¡Ah! yo creo que me ama con locura... Ya veremos.

En cuanto á Lola y á Julia, ya cayeron; y son tres; pero la que me tiene inquieto es Mercedes; su marido es tan brusco... Muy bien Chucho has hecho hoy un efecto mágico... Ya se vé, era yo el más elegante; pocos saben vestirse como yo...

En seguida Chucho llamó á su camarista, que comenzó á desnudarlo.

Al día siguiente, Chucho se vistió estudiando la manera de hacer completo contraste con el traje de la víspera, y se dirigió á la casa de Merced, á

hora en que Cárlos no estuviese en casa.

Encontró á Mercedes entregada á sus labores domésticas.

Su saludo fué casi sin articular una palabra.

Merced le dió la mano temblando y al cabo de un rato de silencio dijo:

—Me concede usted por fin, el favor que le he pedido.

—¿Cual?

—Que no nos veamos más.

—¿Por qué?

—Por compasión.

—Yo no puedo abandonar á usted nunca.

—¿Ni en obsequio de mi tranquilidad?

—Usted no estará más tranquila cuando no nos veamos, á menos que mi presencia le sea á usted odiosa; lo cual no creo.

—¿Y el odio y el amor, preguntó Mercedes, deberán ser los únicos móviles de nuestras acciones? Yo he tenido la debilidad de no poder ocultar lo que siento, pero en cambio tendré la fuerza suficiente para luchar conmigo mismo y sacrificar mis sentimientos á mis deberes.

Chucho, para quien no era el amor sino la fatuidad el móvil de sus acciones, á falta de un arranque apasionado, de que no era capaz, recurría á medios mezquinos para luchar.

—Y está usted segura de que su marido de usted cumple á su vez con esos deberes?

—Sí.

—Es usted muy niña, usted no sabe lo que pasa.

—No quiero saberlo, interrumpió Mercedes temiendo el efecto de esta prueba.

—Pues bien, está usted en su derecho, es usted libre desde el momento en que Cárlos ha roto los lazos...

—No siga usted.

Mercedes á su vez no sabía luchar, pero en su interior sentía toda la fuerza y la energía suficientes para resistir á la seducción á pesar del vivo amor que sentía por Chucho.

—De todos modos, ruego á usted que esta sea nuestra última entrevista.

—Imposible.

—¿Pretende usted perderme?

—No, amarla siempre.

—Usted no me ama.

—Con toda mi alma.

—Pues si ese amor es verdadero, respéteme usted y ennoblezca su cariño con un sacrificio.

—Esos sacrificios son de las comedias, Mercedes, y yo no soy cómico.

—¡De las comedias!..... yo creo

que esos sacrificios son de las almas grandes.

—La mía es pequeña y no me comprometo á hacer ese sacrificio; no puedo porque la amo á usted.

Cuando á este punto llegaban, por lo general el diálogo era interrumpido por una de esas mil contrariedades que surgen en el hogar doméstico: mucho tiempo pasó sin que llegara la solución tan deseada por Merced, cuanto temida.

Al recorrer los datos de esta historia, nos hemos preguntado algunas veces: ¿Por qué Mercedes amaba tanto á Chucho y no á Cárlos? ¿qué especie de prestigio fatal revestía á Chucho que para ciertas mujeres era de un atractivo irresistible? Cárlos valía más y era más digno del amor de Mercedes, ¿por qué, pues no lo amaba?

¡Cuan difícil es penetrar en el cora-

UNIVERSIDAD DE CHILE
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO BARRERA
SANTIAGO, CHILE

zón de la mujer y explicarse las aberraciones en que incurre!

Ya hemos dicho que el primer pensamiento que preocupó á Mercedes recién casada, fué el que contiene esta frase:—Ya estoy casada.

Cárlos había pensado lo mismo.

A este pensamiento sucedió un vacío; al vacío la tristeza; á la tristeza el fastidio.

Mercedes encontraba á Cárlos frío, sério y demasiado circunspecto, aunque nada tenía que reprocharle.

Cárlos pensaba que Mercedes era incapaz de comprenderlo.

Mercedes, movida por los primeros impulsos vagos y sin objeto del amor, encontró por lo pronto en Cárlos una encarnación que convirtió en su objeto amado; pero en el fondo misterioso del corazón de la muger hay gérmenes que no se desarrollan, é impulsos que

perecen al soplo de no sabemos que viento frío y funesto.

El amor de Mercedes no encontró incentivos en el matrimonio; no parecía sino que este enlace había segado un botón, había inutilizado un germen, y al presente se convertía en la tumba de las ilusiones de ayer.

Cuando Mercedes procuraba explicarse estas tristezas y estos desvíos, no encontraba más que un motivo:

Decían que Cárlos era hereje.

Y lo era en efecto? No, Cárlos era simplemente despreocupado y su ilustración le había permitido proscribir los errores del fanatismo.

Mercedes, por el contrario, tenía la religión de la forma y estaba acostumbrada á no examinar ni su propia fé, á no discutir, por no pisar un terreno vedado; á obedecer, por no incurrir en una falta; á detener el vuelo del pen-

samiento, por no penetrar á la región del pecado.

Como todas las imaginaciones perezosas y como todas las almas débiles, el mundo espiritual que envuelve las altísimas cuestiones de la moral y la filosofía estaba convertido para Mercedes en un comercio sencillísimo y fácil; y deprimiendo sus propias facultades y coartando el desarrollo de sus ideas, limitaba lo espiritual y todo lo grande á una práctica material: no mediaba para Merced más distancia entre su alma y su salvación, que la que había de su casa á la iglesia: la inmortalidad, la gloria, Dios, estaban al alcance de su mano con la intervención de un sacerdote con quien Mercedes creía tener una cuenta corriente de fácil y espeditivo saldo; de manera que cuando Mercedes pensaba mucho en Chucho el Ninfo, y esto, como era na-

tural, le parecía malo, se confesaba, cumplía la penitencia y quedaba tranquila.

Mercedes no tenía la intención de faltar á sus deberes, antes bien, abrigaba la seguridad de combatir á todo trance aquel peligro. No podía despedir á Chucho; Chucho era muy bien recibido por Cárlos, era un jóven muy caballero y muy distinguido; y el confesor de Mercedes había opinado que no debía exacerbarlo y convertir tal vez una idea loca y vaga en una pasión funesta.

Mercedes no tenía más que dos cosas que ocultar á su marido: su amor á Chucho y sus repetidas confesiones y de vez en cuando alguna que otra conferencia con doña Rosario; porque, como según decía la familia, Cárlos estaba tan mal dispuesto, que no era prudente tener intimidades de las que pudiera resultar un disgusto.

En cuanto á Chucho era incapaz de todo arranque apasionado y fogoso; era frío por temperamento, frío por egoísmo y retraído en su ensimismamiento; de manera que para Chucho, el amor no era el impulso irresistible que lo inducía á obrar. Chucho aceptaba el amor como asunto de entretenimiento y pábulo á su vanidad: Chucho sabía quitar el honor á las mujeres, como los niños se quitan unos á otros sus juguetes: sus empresas amorosas no las coronaba el resultado inmediato de sus víctimas, sino el escandalillo y el rum rum de las gentes.

Chucho prescindía de toda conquista á la sombra, y no tenía atractivo para él un amor oculto ni unas relaciones amorosas que no le atrajeran la envidia y la murmuración de propios y extraños.

Y no se crea que describimos en

Chucho un ser fantástico, novelesco, y que á fuer de aparentar originalidad le prestamos tintas de nuestra propia cosecha, no señor; por desgracia en esta época y en esta sociedad abundan estos adeptos del escándalo y de la inmoralidad.

Chucho había aceptado el amor como su profesión, como su destino, y estaba persuadido de que la bella mitad del género humano es una colección de chácharas para regalo del hombre que sabe dedicarse á estos inocentes entretenimientos.

Por eso para Chucho el Ninfo eran bagatelas las altas cuestiones del honor, de la felicidad doméstica, del porvenir de la mujer, del respeto á las leyes; y estaba muy lejos de comprender ni la abnegación ni la nobleza en el amor.

Chucho se ocupaba en el mundo so-

lo de sí mismo, y en consecuencia, su primera conversación, su primer asunto era su persona, y para enaltecerla decía, haciendo alarde de un cinismo que le parecía de muy buen efecto:

—Yo no soy jugador, no soy borracho, no soy ladrón, lo único que tengo es alegre: me gustan las hembras y nada más, y como todas me hacen formal me dedico al ramo.

Chucho solía con frecuencia verse rodeado en una cena de Fulcheri, de media docena de pollos á quienes se encargaba de edificar. Allí era donde Chucho se daba el papel de protagonista, y donde se exhibía abiertamente y sin reserva.

Hacer alarde de cinismo y desvergüenza, y afectar una filosofía disolvente é inmoral es patrimonio de nuestros modernos Lovelaces de quince años.

Algunos conocidos de nuestros lec-

tores rodeaban una vez á Chucho el Ninfo en una mesa de café.

—Que afortunado es ese maldito! dijo un pollo que se llamaba Pio Prieto, y permitiéndose este adjetivo: *maldito*, como su entrada á la confianza de Chucho.

—Por qué? preguntó este.

—¡Cómo por qué! yo le conozco á usted más de cuatro muchachas á cual más lindas.

—Que cuatro! dijo Pío Blanco tiene más.

—Contémoslas, dijo un tercer pollo que se moría por refrescarle la sangre á Chucho.

—Ernestina! dijo Pio Prieto, sacando los dientes.

—Y Lola, agregó Pío Blanco.

—Y Mercedes.

—Calle usted Pío, dijo Chucho pavoneándose de satisfacción.

—¡Qué dichoso es usted! agregó Prieto, lamiéndose los labios.

—Todo por tres chicas! eso no vale la pena.

Chucho el Ninfo no avanzaba sustancialmente en sus pretensiones con Mercedes, y esta seguía luchando con denuevo; pero en cambio se murmuraba ya en alta escala de estos amores, que Chucho negaba de una manera tal, que cada negativa suya era una confirmación.



CAPÍTULO VIII.

El amor considerado como artículo de primera necesidad.

ENTRETANTO, Gonzalez creía haber encontrado una perla en el muladar, y se felicitaba por haber tenido esa fortunita.

—La chica es guapa, exclamaba Gonzalez á sus solas; yo siento ser infiel, pero como ha de ser!... mi muger se ha empeñado en hacerse odiosa, y las cosas han venido de rodada. Si yo hubiera seguido siendo caserito merced á las buenas prendas de Angelita, no hubiera andado de aquí para allí